

nera de ser de los coreanos y principalmente de la sensibilidad de los mismos. Con no pocos esfuerzos logra impedir el criado que el joven se vuelva hacia la ciudad. Debe tomarlo en sus brazos y conducirlo detrás de una montaña, desde cuyo punto no le es posible ya ver el pañuelo que en señal de despedida continuaba la joven agitando nerviosamente. «¡Ay, dice suspirando Tschun-Hyang, ha partido mi amado, y ya nunca más lo veré! ¡Ay, montaña maldita que me has robado mi amor! ¡Si un siglo viviera te aborrecería siempre!»

El caso de la novela es seguramente arrancado del natural. La historia de amor que encierra agrada mucho á los coreanos. La obra, como la mayor parte de las obras coreanas, es anónima. Esto un eminente orientalista lo explica por proceder los escritores buena parte de matrimonios ilegítimos. Les están vedados los empleos públicos, y por eso sin duda transparentar su amargura y luchan contra aquel estado social que les oprime.

No desdennan los coreanos, como se nota en la novela de que venimos hablando, de un cierto sentimiento poético. A semejanza de los chinos ponen por sobre su cabeza la virtud. Además, la mayoría son adeptos de las doctrinas de Confucio. Toda la cultura de Corea es un reflejo de la de China, pero retrasada. El traje procede de la época de la dinastía china Ming; los útiles caseros, los adornos acusan también la forma chinesca. La cultura de Corea ha quedado petrificada, y sólo con los sacudimientos de la lucha actual puede que sea posible penetren bocanadas de las corrientes modernas y lleguen á despertarla de su somnolencia.

Sin embargo, en muchas cosas se aparta de su modelo. Hay más seriedad en el carácter, y el budismo no ha tenido la influencia que en China. Fué su época esplendorosa en la Edad Media, y actualmente apenas si se da importancia á sus sacerdotes, y van mermando cada día el número de sus templos.

Los viajeros que sobre la Corea han escrito ponen de relieve el intenso desarrollo que tiene la vida del sentimiento, y estas apreciaciones se confirman leyendo la novela *Aroma de Primavera*.

Esta obra no es solamente una curiosidad literaria, sino un trasunto de la vida material y psicológica de la Corea.

Granollers 24 Agosto 1904.



CONSIDERACIONES

acerca la variable intensidad calorífica del sol
como modificador del clima.

Tomemos el termómetro, ese imperfecto y grosero medio de conocer las temperaturas, como se ha dicho por algunos físicos, lo que no negaré por cierto; pero como todo es relativo, diré también que este insuficiente medio se convierte en instrumento de precisión en algunas ocasiones.

La exquisita sensibilidad del sistema nervioso se halla poco en armonía con la de un termómetro.

Las modificaciones que el ejercicio funcional imprime á los órganos en sus fenómenos tróficos y en sus expresiones neuróticas vienen á elevar ó bajar la temperatura del cuerpo humano en su totalidad ó en algunas de sus partes, dando diferencias apenas apreciables por el termómetro y que se hacen muy sensibles, no obstante, á un aparato de física, á un multiplicador termo-eléctrico.

En la misma atmósfera, diferencias de centésimas ó vigésimas de grado son difíciles de apreciar aún recurriendo á la observación de los fenómenos de la organización tan sensibles á las temperaturas. El que la Flora de los distintos países en que tuvieron lugar los primitivos sucesos de la historia, sea la misma que hoy día, no prueba más que la diferencia térmica no ha sido grande, pues tomando por tipo las especies que bien pudieran llamarse especies-límites, sabemos que para alterar los fenómenos de prefoliación, florecencia, fructificación y maduración de cualquiera de ellas se necesitan algunos grados de diferencia, lo que en realidad no se ha podido apreciar, pero nada nos autoriza á sostener el que la temperatura haya quedado completamente estacionaria en el insignificante y mínimo periodo histórico de 5,000 á 6,000 años.

Todo esto confirma la idea que tienen algunos físicos de la insuficiencia del termómetro para las pequeñas diferencias, pero no deja por eso de ser muy precioso y aun preciso para las temperaturas variables, según la intensidad también variables de los rayos solares, que dan en la sombra de la superficie terrestre un calor infinitamente pequeño, pero apreciable, comparado con las grandísimas temperaturas de los lejanos focos que las producen.

El termómetro puede ponernos en relieve la tendencia á la modificación de lo que se llama